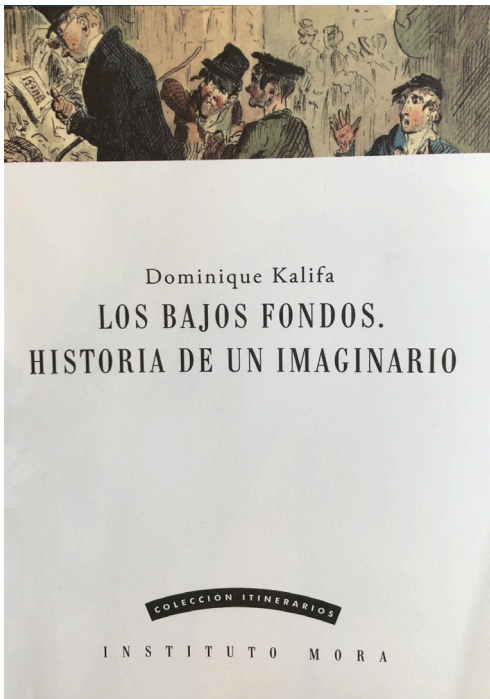


# Escripta

Revista de Historia



## Reseña

**Dominique Kalifa, 2018**  
*Los bajos fondos. Historia de un  
imaginario*  
México, Instituto de Investigaciones Dr.  
José María Luis Mora  
ISBN 978-607-86110-2-7

**Andrés David Muñoz Cogaría<sup>1</sup>**

Aceptación: 31 de julio de 2020

<sup>1</sup> Doctor en Humanidades (Historia) por la Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa y profesor auxiliar de la Universidad del Tolima, Colombia. Correo electrónico: [andamuco@gmail.com](mailto:andamuco@gmail.com), Orcid: <http://orcid.org/0000-0002-5961-0888>

---

*¿Qué historiador puede desinteresarse de esta relación tenue, incierta, que separa el mundo de las representaciones del mundo de las experiencias sensibles? [...] El historiador sin duda no es el mejor armado para desenlazar una tal madeja psicológica y social*

Dominique Kalifa

La *Colección Itinerarios* del Instituto Mora presenta la primera edición en lengua castellana de este libro de Dominique Kalifa,<sup>1</sup> profesor-investigador de la Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, quien se denomina a sí mismo “historiador del crimen y de los márgenes urbanos”. Muy en la línea de la historiografía cultural y de la antropología histórica, el autor se plantea como objetivo “desanudar la trama sutil” de la construcción del *imaginario social* de los así llamados *bajos fondos*, concepto polisémico nacido en Occidente a comienzos del siglo XIX y poco tomado en cuenta, según él, por las Ciencias Sociales modernas. Kalifa afirma, además, que los historiadores culturalistas, si bien se han empeñado en el estudio de las representaciones sociales, en particular de aquellas que delatan las ansiedades, inquietudes y prejuicios de las élites, concentrándose “en las figuras de la repulsión, del crimen, del peligro”, no han considerado hasta el día de hoy a los bajos fondos como una totalidad, “como un ‘imaginario social’, sujeto a una lectura global” (pp. 16-17).

La obra se encuentra dividida en tres partes que conforman un total de diez capítulos. La segunda parte, “Escenografías del reverso social”, resultó ser la menos atrayente para quien escribe estas líneas, pues las representaciones poéticas en torno a los bajos fondos por los amantes del *fashionables lumming* (visita de bajos fondos) y prácticas anexas no tienen la misma fuerza que la primera, “El surgimiento de los bajos fondos” y la tercera, “El hundimiento de un imaginario”, ocupadas respectivamente del auge y del declive del imaginario social de los bajos fondos. No obstante, debo reconocer en la integridad del texto una agradable y didáctica manera de escribir sin demérito del rigor historiográfico, así como una magnífica erudición en los campos de la antropología, la historia, la literatura y la sociología, por decir lo menos.

¿Pero, qué cosa eran los bajos fondos? Eran “aquellos tugurios, *cours des Miracles*, asilos de noche, presidios, todos estigmatizados por una propensión natural a hundirse, en un movimiento siempre descendente” (p. 10). O sea, todo aquello

---

<sup>1</sup> *Nota póstuma:* Durante el proceso editorial de la presente reseña tuvo lugar el deceso de Dominique Kalifa (12 de septiembre de 2020). Su trayectoria académica y sus aportes a la historiografía del crimen y la justicia perdurarán, QEPD.

que amalgamaba el crimen, la miseria y el vicio, la encarnación de la delincuencia, la pillería y la violencia, el *alpha* y el *omega* de los asesinos, criminales, forzados, harapientos, ladrones, marginados, mendigos, migrantes, miserables, prostitutas, vagabundos y un largo etcétera de tipos sociales abundantes en la triada de ciudades que mejor encarnaron el espíritu de la modernidad capitalista decimonónica, caso de París, Londres y Nueva York. En esta profusa narración, Hispanoamérica está representada mayormente por Buenos Aires, cuya característica de ciudad receptora de migrantes pauperizados venidos de una Europa en crisis, le concede un matiz particular por todos conocido. La Ciudad de México, si bien es mencionada ocasionalmente durante su etapa porfiriana, no goza del mismo tratamiento que las anteriores; el déficit absoluto en la época pre-republicana de esta importante urbe puede atribuirse a los vacíos de una historiografía que poco se ha detenido en la actividad delictiva de grupos urbanos como los artesanos de finales de la época virreinal, cuando “las clases trabajadoras y las clases peligrosas tienden entonces a confundirse, o a recubrirse”, incluso en años anteriores a 1820.

Uno de los aspectos que primero llaman la atención en la obra reside en la meticulosa enumeración de términos y adjetivos traídos a colación, y que recuerda la fascinante descripción del lumpen-proletariado efectuada por Marx en *Le dix-huit Brumaire*, que el autor califica como una estigmatización de las “clases inferiores”, para luego afirmar que era una “señal de realidades sociales en la Europa de mediados del siglo XIX, golpeada violentamente por la crisis económica y los efectos de un liberalismo sin límite”. Aquí cabría introducir un matiz, pues la descripción marxiana era producto de una representación que veía en toda esa “masa confusa, descompuesta y flotante” integrada por “vagabundos, soldados despedidos, forzados salidos del presidio, galeotes evadidos, estafadores, charlatanes, *lazzaronis*, tenientes de burdeles, estibadores, *pickpockets*, escamoteadores, jugadores, proxenetas, escritorillos, organistas, recolectores, afiladores, estañadores, mendigos” (p. 98-99), a un sector poblacional que no sólo no estaba en condiciones de actuar como vanguardia del proletariado, sino que además era un estorbo para la acción revolucionaria misma, amén de ser potencialmente cooptable por las fuerzas de la reacción política. Siguiendo a Kalifa, esta descripción tan impactante no era producto exclusivo de un imaginario social elitista y letrado, sino del descubrimiento empírico que tanto Marx como Engels hicieron del “subproletariado” o “proletariado en harapos”.

Es en este punto donde cobra importancia como categoría analítica, el concepto de *clases peligrosas*, cuya eclosión ya desde el siglo XIV sirvió no sólo como instrumento de control social sino también como dispositivo de acercamiento a los mundos “exóticos y prohibidos” de las ciudades europeas, y que evidenció desde albores de la Edad Moderna nuestra consabida y persistente fascinación por lo vulgar, lo prohibido y lo abyecto. Tal fue el doble origen de las posteriores taxonomías

sociales y del denominado “imperio de las listas”, que buscaron reduplicar las especies del mundo natural en el mundo social, y que sirvieron para describir innumerables categorías de desviados y transgresores. El mundo de los criminales comenzaba a adquirir visos de profesionalización, y la atención empezó a depositarse en personajes como los bandidos y las decenas de tipos de ladrones, más que en los simples *pobres buenos* como los mendigos y los vagabundos.

A propósito, otro concepto importante que vertebra los argumentos de Kalifa es el de *pauperismo*. Hacia mediados del siglo XIX, al menos en Europa, se abandonó casi por completo la idea del *pobre malo*, aquel individuo que había elegido una existencia marginal a causa de su moral corrompida; esa mala pobreza se tornó en un fenómeno estrechamente ligado a las realidades socioeconómicas de un capitalismo industrial basado en la sobreoferta de una mano de obra capaz de nutrir incesantemente a la ya consolidada industria europea. Y es que los altos niveles de pobreza de los trabajadores aparejaban “el hacinamiento en barrios arruinados e insalubres, la comida insuficiente, la inseguridad del día siguiente”, fermento de prácticas criminales propias de “unos salvajes, nuevos ‘bárbaros’ que acampan en los márgenes de la sociedad”. Obviamente, esta mirada de algunos observadores sociales, pletórica de prejuicios, soslayaba que aquellos individuos no eran más que trabajadores pauperizados cuya ropa hecha jirones, su aspecto descarnado y su miseria provocaban miedo y terror (pp. 91-92).

La segunda mitad del siglo XIX no sólo correspondió al auge de disciplinas como la antropología criminal, la criminología o la frenología, apoyadas en teorías que apelaban al atavismo, sino también al de la *romantización de la pobreza*, que mezclaba lo pintoresco y lo excéntrico, lo terrible y lo poético. Los malandrines, las prostitutas, los vagos aparecieron recubiertos de un aura de “misterio social” que obnubiló a artistas, literatos y científicos sociales. Pero la idea de lo fantástico social como una amalgama de crimen, miseria y vicio, sufrió una inflexión definitiva con la emergencia del Estado de bienestar del siglo XX y por supuesto, con la evolución de la práctica criminal, que otorgó a sus protagonistas (verbigracia aquellos actores asociados a prácticas mafiosas) un nivel de vida y un prestigio social equiparable al de las élites políticas y económicas.

Así las cosas, para Kalifa el hundimiento definitivo del imaginario de los bajos fondos se dibuja en la primera mitad de la centuria: “el discurso sobre los pobres se reconfigura, los criminales se enriquecen y se emancipan, el misterio social cambia poco a poco de naturaleza” (pp. 239-240). Esto no debería engañar al lector contemporáneo, pues basta mirar a nuestro alrededor en estos tiempos de crisis e incertidumbre para constatar que los males sociales relacionados con el crimen, el desempleo, la pobreza y la violencia en vez de menguar, han aumentado a la par de los avances médicos y tecnológicos y la esperanza de vida, por más precaria que esta pueda resultar. La mutación que subraya el autor reside en que se difumina parcial-

mente “una modalidad de representación, aquella que asociaba el crimen y el vicio con todas las figuras de la exclusión social” (p. 242).

Pero en una paradoja tan sólo aparente, y como la historia es no-lineal y está compuesta de oscilaciones, el siglo del crecimiento económico y de la prosperidad material, no ha evitado que las tinieblas de los bajos fondos persistan, sino que las ha fomentado con base en sus segregaciones de clase, de género y de raza, y muy a pesar de su equilibrada receta de “represión, asistencia y estigmatización”. Los bajos fondos del último siglo están compuestos de puros *underclass*, la versión más actualizada de las viejas clases peligrosas, es decir, ociosos y perezosos, ilegales de toda especie, madres solteras que paren hijos ilegítimos, criminales violentos ligados a la trata de personas y al narcotráfico: “que una expresión tal haya sido acuñada al final del siglo xx y haya dado pie a este debate, que reactiva la cuestión de la ‘responsabilidad’ y de la ‘peligrosidad’ de los pobres –hasta la rebasa de consideraciones de ‘raza’ más contemporáneas-, habla claramente de la insistente e insidiosa presencia, como en emboscada, del imaginario de los bajos fondos” (p. 254).

En esta época de lamentos, cuando tanto se habla desde la tribuna universitaria acerca de ejercicios analíticos interdisciplinarios y de la necesaria relación de la Historia con las problemáticas del presente, los historiadores del crimen y de la justicia recibimos con beneplácito obras como la de Kalifa, capaces de avivar a un tiempo nuestra capacidad de asombro, la empatía social y el morbo intelectual. Tal vez podría echarle en cara al autor la falta de recurrencia a los archivos criminales, pero bien es cierto que éste, al centrarse en las representaciones de índole cientificista y literaria, desde un comienzo perfila muy bien su enfoque, sus intenciones y su procedimiento. Sean bienvenidos este tipo de ejercicios historiográficos.